

CAPÍTULO VII (1)

Las reliquias é imágenes de Rosa de Santa María sanan toda clase de enfermedades.

DIREMOS en pocas palabras lo que, expuesto con la extensión debida, ocuparía sin duda muchos tomos. Dios se dignó honrar á su sierva con tantos y tan estupendos milagros, que sólo el apuntarlos haría interminable esta relación. Nos contentaremos con entresacar algunos de los que constan en el proceso que se formó para la beatificación de la esclárecida Patrona de las Indias.

A la Madre Lucía de la Santísima Trinidad, Priora del nuevo convento de la ciudad de Lima, apuraba mucho un dolor agudo, que naciendo de la sien derecha lastimaba toda la cabeza, con destemplanza del cere-

(1) Por ser demasiado extensos y muy semejantes entre sí los sucesos que en ellos se refieren, reduciremos á uno solo los tres últimos capítulos que puso el P. Leonardo Hansen en el Apéndice de su *Vida de Rosa de Santa María*, escrita antes de que esta virgen ilustre fuera puesta por los Vicarios de Jesucristo en el número de los santos.

bro y destilación al pecho. Apenas tocó la parte dolorida con una tira del ribete de los hábitos de la virgen, cesó la destilación y huyeron los dolores. A la misma religiosa sobrevino en otra ocasión de repente un dolor fuerte de estómago; á la media noche quedóse casi muerta; mas tan luego como se la puso sobre el pecho la misma partícula se sosegó al instante la disentería.

Marina de San José, Religiosa Descalza, de una caída que dió de improviso, se había lisiado los nervios de los dos ojos, sin poder moverlos á un lado ni á otro, y era gravísimo el dolor que de continuo sentía. Tomando un pedacito de las reliquias, dijo: «Ahora he de hacer experiencia si es tanta la santidad de Rosa como el mundo publica.» Apenas pronunció estas palabras y se aplicó á los ojos la reliquia que tenía consigo, los halló sanos y con su natural movimiento, sin que jamás volviesen ni el dolor ni el pasmo.

En casa de D.^a Isabel de Mendoza, casi del todo tenía en tinieblas los ojos una niña de tres años, llamada Margarita. De uno de ellos estaba ciega á causa de una nube que se la había presentado; con el otro veía poco, y más que ver podía asegurarse que adivinaba confusamente dónde estaban los objetos, dada la oscuridad con que les descubría. Su señora decía muchas veces que á su Margarita mejor la estaba morir en aquella edad inocente que vivir sin vista; porque hacía ya más de un año que sin poder sufrir la luz andaba por la casa á tientas y cerrados los ojos. Una tarde, al irse á acostar la niña, las mujeres de casa la encomendaron á Rosa; pusieronla un pedacito del vestido que usó la virgen sobre los ojos y así vendada la llevaron á la cama. A la mañana siguiente, quitadas las vendas y mirando los ojos, hallaron lo primero que ya no parecía la nube que cubría el uno y luego se admiraron de ver el otro muy claro. Conocieron al punto que del uno había desaparecido la ceguera y del otro la flaqueza de la vista; porque la niña fijaba los ojos sin incomodidad

en los objetos y no le dañaban la luz ni el aire, antes gustaba de mirar uno y otro.

Fray Juan García, Religioso lego de la Orden de Predicadores, cuatro días después de la muerte de la sierva de Dios, había entrado por mandado de sus superiores en la celdilla del huerto de Rosa, para sacar de ella una pequeña tarima en que solía sentarse la virgen. Mas era tan angosta la puerta, que no daba salida ni parecía posible que cupiese por la puerta. Por lo cual con un cuchillo grande que para este fin traía, comenzó á cortar los leños que lo impedían, sacando astillas. Perdiendo el tino con la prisa, se hirió en la mano izquierda con tanta fuerza y tan profundamente, que la carne quedó pendiente de la muñeca. Causó espanto y miedo en los circunstantes la gravedad de la herida, porque era mucha la sangre que despedía; á juzgar por lo que se veía, parece que se había cortado las venas de la mano. Sólo el Religioso herido estaba sin temores, satisfecho del remedio. Y así dijo á los circunstantes: «Yo tengo aquí un emplasto, de quien estoy muy cierto que me ha de sanar muy presto la mano.» Y al mismo tiempo sacó una parte del velo de la sierva de Dios, y poniéndola sobre la herida y atándola con vendas y apretándola, volvió con gran seguridad á entrar en la celdilla para dar fin á la obra que traía entre manos. Había estado en ella muy poco tiempo, cuando saliendo á vista de todos desató la mano, quitó los paños y la mostró sana, robusta, fuerte y sin necesidad de que el cirujano la curase con ungüentos.

En los valles de Chinca D.^a Magdalena Chimaso, india, descendiente de los caciques de aquella provincia, que eran reyezuelos entre los indios, casada con don Francisco de Morales, español noble, estuvo por más de tres años casi tullida del medio cuerpo abajo, sin poder estar sentada, sino sobre vellones de mullida lana; y sin poderse mover, siendo necesario que los domésticos la trajesen arrastrando sobre las pieles, cuando era forzoso mudar de puesto. También eran necesarios

brazos ajenos para volverla de un lado á otro y en brazos habían de levantarla para ponerla en pie. Después de haber hecho grandes gastos en medicinas, sin hallar alivio ni mejoría, se hizo traer á Lima, hospedóse en casa de Pedro de Vega, para que allí la curasen médicos más sabios y aventajados. No la engañó del todo su pensamiento, porque apenas había estado un mes en Lima, cuando llegó á su noticia el olor de la santidad y la fama pública, que cada día se iba más divulgando, de los milagros de Rosa, á quien poco antes habían enterrado. Alentada con esto su confianza, hizo que la trajesen reliquias, que fueron algunas hojas de la palma con que estuvo en el túmulo la virgen Rosa y dos partículas del escapulario y velo. Estas reliquias, con tierradel sepulcro, hizo la enferma se las atasen al cuerpo, y usando con gran fe y devoción de este remedio, se sosegaron de repente los dolores, pudo dormir quietísimamente toda la noche, contra lo que la había sucedido durante todo el tiempo de su dolencia. Despertando por la mañana, aunque se sintió con vida y fuerzas en el medio cuerpo, que hasta entonces tenía baldado, no quiso apartar de sí las reliquias en todo aquel día, esperando que así sería la salud más cumplida y permanente. Al día siguiente, por más que sus criados la contradecían, levantóse de la cama robusta y fuerte, pidió de vestir, afirmando con seguridad y constancia que estaba sana del todo por beneficio de Rosa. Entre tanto que estaban los circunstantes pasmados de admiración, viendo como D.^a Magdalena se tenía en pie fuera de la cama sin ayuda ajena, comenzó á pasearse por la pieza. Finalmente, luego que pudo persuadir á las criadas que le diesen los vestidos que en tanto tiempo no había usado, salió de su casa con el acompañamiento debido y se fué derecha y con toda prisa á la iglesia de Santo Domingo, desde donde habiendo visitado el sepulcro de Rosa, se volvió á su casa, y después de un mes á su patria, muy otra de la que había venido.

Tenía Diego de Requena un hijo enfermo, casi ya muerto, de recias calenturas y dolor vehemente de la cabeza. Hallóse con un cíngulo de la virgen, con que solía ella ceñirse en los últimos años de su vida. Le puso sobre las sienes de su hijo, cuando más fuertes eran los dolores, y con sola esta medicina huyó la enfermedad, que tan cruelmente atormentaba al paciente.

Por cincuenta ducados de plata había comprado Rosa una negra de diez años para el servicio de sus padres. Su madre llevaba mal tener en su casa quien comiese y fuese inútil, porque era enferma la esclava; fatigábanla varios achaques y especialmente la disenteria. Rosa animaba á su madre, dándole buenas esperanzas y diciendo que vendría tiempo en que aquella muchacha, con el favor divino, se vería sin aquellos achaques. Llegó el tiempo señalado; pero después de difunta la virgen, cuando tomando polvo de su sepulcro y dándoselo á beber con agua fría, bebió y se vió sana de todos sus males.

En el convento de Beatas de Lima, la Madre Beatriz de Montoya habiendo padecido por espacio de veinte años dolores insoportables de estómago, caminaba á toda prisa á la muerte con los pasmos que la consumían. Ya había recibido los santos sacramentos, ya se disponía para la última hora, certísima de que no había esperanza de vida. Y llegara sin duda al cabo de la jornada, si los polvos de Rosa, bebidos con devoción, no hubieran milagrosamente quebrantado todas las fuerzas de mal tan envejecido y rebelde.

El Licenciado Mauricio Rodríguez, clérigo presbítero y confesor de un monasterio, se hallaba muy trabajado de importunos vaídos de cabeza y molesta jaqueca. No dejó en la botica género alguno de remedio proporcionado á su achaque, de que no hubiese usado. Convencido de que todo era inútil, acudió con gran provecho á remedio más eficaz para su dolencia, que fueron los polvos del sepulcro de Rosa. Hizo que se los trajesen, y no se contentó con beberlos en agua, refregó

también con ellos la cabeza y á un mismo tiempo puso en huída los vaídos y el dolor de jaqueca.

Habían encomendado el sermón fúnebre en honra de la difunta Rosa en el Cuzco, al P. Fr. Blas de Acosta, Predicador General de la Orden de Santo Domingo, luego que llegó á aquellas provincias la nueva de su felicísimo tránsito. Aconteció que estando el P. Fr. Blas comiendo, y distraído ó fuera de sí pensando en el tema que había de desarrollar, se le atravesó en la garganta un bocado que le ahogaba, y acudieron á socorrerle el P. Presentado Fr. Juan de Ahuero con el P. Fr. Tomás Marcos, y viendo que ni con darle agua, ni con darle recios golpes en las espaldas podía pasarle, sacándole medio muerto del refectorio, le persuadían que por señas siquiera se confesase para absolverle. El religioso entonces procuró ponerse de rodillas para confesarse del modo que pudiese; y entre tanto el P. Presentado Fr. Juan de Ahuero le ofreció en un vaso de agua un poco de la tierra saludable de Rosa, para que la bebiese el que estaba ya sin aliento. Apenas lo hizo pudo pasar el bocado que le ahogaba, escapando de este modo de las garras de la muerte, cuyo sudor frío ya poseía todo su cuerpo.

Servía en el convento de la Encarnación de Lima una esclava negra de poco menos de 24 años. Habíase apoderado una angina molesta de sus fauces, tenía cubierta la garganta de postillas; y demás de esto estaba hinchado todo su rostro. Por la boca, narices y ojos le corrían asquerosos humores, y si por alguna parte del cuerpo la tocaban con el dedo, aunque fuese ligeramente, le causaban dolores intolerables. Estando tan podrida, no le puedaba esperanza de vida, por lo cual, confesándose, recibió el Viático y ungida con el Oleo extremo, solo esperaba el momento de entregar el alma en manos de su Criador. El confesor, sabiendo por experiencia los beneficios de Rosa, persuadía á la enferma que se encomendase á quien tanto valía en el cielo; prometió enviarla polvos, exhortábala que tu-

viere con ellos gran confianza. La enferma, apenas les recibió, bebiólos con el agua de un vaso y desde los umbrales de la muerte volvió á esta vida á gozar de salud perfecta.

Se hallaba próxima al parto en Lima una negra, de oficio hortelana. Las personas que la asistían juzgaban segura la muerte de la paciente, vista la dificultad del caso. Tuvo noticia por casualidad del peligro en que se hallaba la negra, el Licenciado Mauricio Rodríguez, quien persuadió á Leonor de Villafuerte, compañera de la enferma, que hiciese traer á toda prisa tierra del sepulcro de Rosa. Así se puso por obra, y apenas se la aplicó, salió á luz fácil y felizmente la criatura, librando á la madre del riesgo que padecía.

El año de 1631, Fr. Antonio de Montoya y Fr. Juan de Estrada, iban con licencia y mandato de su Prelado á ordenarse de sacerdotes á Guamanga, y por tener posada acomodada habían torcido algo el camino real, para hospedarse en casa del Gobernador de Guando. Poco después de medio día saliéron de improviso al encuentro á carrera tendida uno de los naturales, dando gritos y rogándoles, porque juzgaba eran sacerdotes, que socorriesen á una india, mujer del cacique, que estaba agonizando en unas casas cercanas, oyéndola de penitencia; porque no había en el lugar ningún sacerdote. Gran dolor causó á los Religiosos no haber recibido el sacerdocio y no tener potestad de absolver en trance tan preciso. Con todo eso, acompañados de algunos seglares españoles, siguieron al indio para ayudar á morir á la mujer, ya que otra cosa no pudiesen, y rezar letanias, preces y la recomendación del alma, ahuyentando los demonios con agua bendita. Entrando en la casa hallaron á la india sin habla ni movimiento. Hallábanse todos los circunstantes faltos de consejo para remediarla, lloraban los presentes, gemía su marido, á quien acompañaba afligida toda la familia. Mas Fr. Antonio, acordándose que traía consigo polvos sacados del sepulcro de Rosa, después que

fué trasladada y elevado su cuerpo, dando algunas noticias á los presentes de lo mucho que valía la virgen con Cristo y de lo mucho que la favorecía, de los grandes prodigios que obraba por su respeto y de la esperanza que podían tener en su intercesion, y más en la necesidad extrema que tenían á los ojos, tomando una cuchara, y no con poco trabajo, porque fué necesario valerse del hierro para hacer abrir la boca á la india, la echaron en ella tierra de Rosa, envuelta en agua; marchó luego el Religioso, encargando mucho á los que allí quedaban que implorasen con ardiente confianza el auxilio de la virgen. Después de dos horas, volviendo con sus compañeros á visitar á la enferma, halló muy alegre á su marido y á todos los domésticos. Entrando en el aposento donde estaba la mujer del cacique, hallóla risueña y sentada en la cama y que estaba comiendo con buenas ganas; confesaba á voces que sin saberlo ella la había ayudado Rosa, que á ella la debía la vida, en que convinieron, así los que iban con Fr. Antonio, como los inquilinos de aquella casa.

Diego Moreno de Costillas, natural de la ciudad de Quito, en las guerras de Chile había recibido una grande herida con el golpe de una maza de hierro, de la que fué curado en falso, por el poco saber de los cirujanos; y así poco á poco le resultaron materias y pasmos. Venido á Lima en busca de más acertados maestros para ponerse en cura, padeció mucho en vano por espacio de seis meses. Al fin despertando su devoción la fama de los prodigios que cada día resplandecían en el sepulcro de Rosa, se determinó á ir á visitarle. Puesto de rodillas delante del sepulcro y haciendo oración devota, quitóse de la cabeza los paños con que estaba fajado. Quitó también el emplasto, echó en la herida la tierra que había cogido, y sintiéndose mejor, desde aquel mismo sitio volvió alegre á su casa, y después de dos días halló cerrada la herida y que había nacido cutis nuevo.

La Abadesa del monasterio de Santa Clara de la ciu-

dad de Trujillo hacía cerca de veinte años que padecía mucho de una pierna que tenía hinchada y con más de cuarenta bocas, por donde despedía continuos humores. No se hallaba médico, por perito que fuese en su arte, que se atreviese á sanar enfermedad tan antigua y radicada, y mucho menos después que, efecto de aquella dolencia, había comenzado á sentir la paciente continuas y molestas calenturas. Llegando á su noticia los muchos milagros que Dios obraba mediante el polvo del sepulcro de Rosa, enviando por él á Lima, le bebió con gran fe, mezclado con agua; y de repente, estando con el rigor del frío, extinguió del todo la calentura. Alegre con tan feliz suceso, frotó también la pierna llagada con el mismo polvo y comenzó luego la hinchazón á deshacerse y á cerrarse las bocas de las llagas, dejando en recuerdo del beneficio sólo unas motas ó pintas negras. Para que estas se quitasen, usó la Abadesa de un agua que para este fin destiló Juan de Lezana, cirujano; pero en valiéndose de este medicamento, volvió la hinchazón y se renovaron los dolores. Causó esto mucho miedo á la enferma, entendió prudentemente que había errado en esperar el complemento del milagro de mano del cirujano y no de la de Rosa, y así aplicó de nuevo los polvos á la pierna con lo que se deshizo la hinchazón y se secaron las llagas. Este triplicado milagro causó prodigiosos efectos: salud á la Abadesa, admiración y gozo á todo el monasterio y á los ciudadanos de Trujillo, nueva devoción á la sierva de Dios con gratulaciones y hacimientos de gracias.

Un soldado, cuyo oficio en la milicia era de Alférez, declaró á su confesor el P. Fr. Francisco Nieto, que en cierta ocasión se le había hinchado una pierna. Oyendo hablar de los multiplicados prodigios que Dios obraba en el sepulcro de Rosa, fué con otros á visitarle y habiendo hecho oración brevemente y cogiendo de la tierra del sepulcro, frotó con ella la pierna enferma; con

lo que desapareció la hinchazón que tanta molestia le causaba.

En el convento de la Encarnación de Lima D.^a Juana de Ulloa, novicia, casi ya cumplido el año de noviciado, estaba con mucho sentimiento y recelosa de que no había de verse profesa porque su padre, que vivía lejos de aquella ciudad, en el Potosí, codicioso, avaro y duro, no acababa de tomar resolución en pagar el dote. Muy á menudo le escribía D.^a Juana, apretábale con ruegos y lágrimas, le instaba haciéndole presente sus encendidos deseos de consagrarse á Dios. El padre más insensible y duro que un peñasco, ó no la respondía ó con astucia dejaba de hablarla del punto principal á que había de responder, usando de ambages, equivocaciones y de palabras frívolas. Falta de consejo la novicia, acogióse al patrocinio de Rosa, y después de haber escrito á su padre la última carta, con gran fe echó polvos en la plana, usando de los del sepulcro de la virgen; para que si las razones que allí representaba no ablandaban el corazón de hierro de su padre cruel, hiciesen este oficio los polvos de Rosa. ¡Cosa maravillosa! Tuvo brevemente respuesta del Potosí la más suave que pudiera esperarse. Concedió el padre, más blando que la cera, el dote y cuanto su hija le pedía, y rompiendo con felicidad por las dilaciones, conoció y confesó la Religiosa que á un poco de polvo debía el verse profesa.

En el mes de Noviembre del año de mil seiscientos treinta, Jerónimo de Soto y Alba, alimentaba en su casa y á sus espensas á una niña de diez meses, horrorosamente disforme con las manchas y llagas de la lepra, esparcidas por todo el cuerpo. Empleóse en curarla todo el arte de la medicina, y había ya perdido las esperanzas. En caso tan apurado Bernarda, criada de la casa, acudió á la protección jamás desmentida de Rosa. Había recogido en la iglesia de Santo Domingo y traído á casa las hojas de las rosas marchitas que se habían puesto para adorno de la imagen de la sierva de Dios.